



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

Fué en Valencia reina de las flores, y, mirándola cinco minutos seguidos, se queda uno hecho un lirio. ¡El delirio!

SUMARIO

- SIMON RIVOLAR
Sección vermouth.
- P. IGLESIAS HERMIDA
Historia del voluntario Alvaro de Magoy y Malerba.
- ERCKMAN CHATRIAN
El áspid negro.
- JUAN OLIVA BRIDGMAN
Diálogos galantes.
- F. DE LA ESCALERA
El alma de Chindasvinto.
- RAFAEL ROMERO FLORES
Carta abierta.
- MAXIMILIANO M. MONJE
La modelo.
- TOVAR, OTELO, PACO
MATEOS Y TINO
Varios dibujos y retratos de
Pilar Caudet y Plutón-Lucercito.

5 cénts.





HAY cosas que me llegan al alma; no lo puedo remediar.

Aunque yo, por el tono en que escribo, les parezca á ustedes escéptico, poco aprensivo y hasta mal intencionado, no hay tal cosa. A veces se me encoge el corazón por lo más mínimo y se me saltan las lágrimas, como una vez que el gato se me comió un jilguero, del cual estaba yo muy enamorado.

Bien es verdad que á los cinco minutos troqué la sensiblería en furiosa ira, y le dí al gato asesino dos patadas brutales que le desencuadernaron para siempre.

Generalmente me ocurre eso: tengo e[]

«LA SOBRINA DEL CURA»



—Oye, Pedrin, me dejas que, si encuentro á Enrique, le dé una broma.

—No; que luego, á lo mejor, tenéis que bautizar la broma.

primer impetu de la sensiblería, y ésta se resuelve luego en acceso de ira. Digo todo esto á propósito de la Trini.

Ya saben ustedes á quién me refiero: á Trini, la amiga de todos nosotros, la que ha cenado una porción de noches en compañía nuestra, y que sabe de la vida tanto como pueda saber el hombre] más corrido.

Pues bien: Trini ha tenido la habilidad de ponerme sentimental y llorón como un sauce.

¿Por qué? Porque la vi la otra tarde acompañada de una jovencita de quince años, en cuya fisonomía se revelaba el candor á la simple vista.

Procuré indagar quién era la niña que acompañaba á Trini, y no tardé mucho en saberlo.

—Es una hermana suya —me dijeron.— Se ha quedado huérfana en el pueblo donde vivía y de donde Trini salió hace ya quince años lo menos, y su hermana la ha recogido.

Efectivamente: en el tipo de la muchacha se notaba á la legua su procedencia rústica.

A pesar de que Trini la había vestido con lo mejor que encontró á mano, envolviéndola en sedas y encajes, cubriéndola con rico sombrero de plumas, enguantándola por todo lo alto y colgando de sus orejitas ricos pendientes y de su cuello espléndida cadena de oro, rematada en un guardapelo de brillantes, la muchachita llevaba todo aquello con un embarazo grandísimo, y se la veía padecer bajo la indumentaria que su hermana le había impuesto.

Aquello era un crimen; porque, además, ¿qué ambiente podía respirar aquella muchacha al lado de la Trini, por cuyo domicilio desfila todo lo más granado de la juventud alegre y dispada de nuestros días?

Ya tienen ustedes explicado el motivo de mi sensiblería, viendo á aquella criatura predestinada ya á lo que tal vez repugna á su temperamento si llegase á tener conciencia de ello.

Pero hay más todavía. Ayer pasaba yo por la calle de Sevilla, cuando tropecé con la Trini.

Iba con su hermanita. Esta, encogida y humilde; la Trini, arrogante y orgullosa, delatando su condición de mujer *galantísima*, no sólo por el rastro que dejaba de perfumes fuertes, sino por la desenvoltura de sus andares y la audacia de sus miradas.

Sonrióse al verme, y no tuve inconveniente en saludarla.

—¿Dónde vas?

—A casa de la Concha.

—¿Con tu hermanita?

—¿Por qué no? Yendo conmigo va segura.

—¿Vais á estar allí mucho rato?

—Probablemente toda la tarde... ¿Irás?

—Sí, iré.

CORTESÍAS MUNDANAS



—No deje usted de venirse por casa.

—Sí, sí, señora; basta que usted me lo diga.

Y fui, efectivamente.

En casa de la Concha, la reunión es de lo más *escogido*...

Estaban las de siempre: la *Tal*, la *Cual*, etc., etc.

Y con la Trini, su correspondiente hermanita, cuya juventud hacia contraste con aquellas bellezas adiestradas en el amor.

La conversación era todo lo libre que es de presumir tratándose de aquel concurso.

Yo tomé asiento junto á la pequeña, y me admiraba del desparpajo y la tranquilidad con que Trini hablaba de todo, sin reservarse en lo más mínimo.

La escena empezaba á indignarme, y procuré distraer á la muchacha diciéndole algo al oído; pero ella seguía imperterrita oyéndolo todo y sin inmutarse en

nada, ni alterar un rasgo de su fisonomía.

Desesperado, al fin, no pude menos de preguntarle:

—¿Pero cuándo se ruboriza usted de oír todo eso?

—No me ha dicho mi hermana todavía cuándo tengo que ponerme colorada.

¡Métase usted á redentor!

SIMÓN RIVOLAR

Próximamente,

Un día y una noche en Londres
por Prudencio Iglesias Hermida

Historia del voluntario Alvaro de Magoy y Malerba.

(Fragmento del libro «En los campos de batalla: La guerra de las naciones», que acaba de publicar nuestro compañero Prudencio Iglesias Hermida, con un prólogo del gran Pedro de Répide.)

Yo conocía á aquel hombre terrible. Era ancho, bastote, colorado. Era un hércules. Representaba ya cuarenta años. Usaba una corta barba negra. Pantalón gris ceñido. Americana negra. Un sombrero *rembrand* color perla, y en la mano un látigo suntuoso, corto y grueso, para regir mastines de pelea.

Era un gran señor medio arruinado. Vivía en un castillo que le quedaba en una



De las que irán solas á estos bailes.

aldea. Venía á las ferias de ganados una vez cada muchos meses, y dejaba encerrada en el castillo de piedra á la mujer que era suya. Esclava, diosa y reina.

Llevaban doce años casados. No tenían hijos. Vivían él y ella acompañados de un viejo como un roble, que había engendrado al dueño de aquel castillo, dueño también de aquella mujer y aquellas peñas. Era el padre.

El padre, que había sido también un hombre temido y tremendo. Setenta años tenía, anchos los hombros y blanca y leonada la melena.

Era respetado y querido por el hijo y la nuera.

Hablaban poco. Paseaban mucho. Cazaban osos en el invierno.

Una mañana de nieve, en una cacería, el padre, ya sin carabina, aferrando en la derecha su cuchillo y afianzado sobre una peña, esperó cara al sol y sin sombrero el abrazo mortal de un oso negro.

El oso avanzaba con los brazos en alto y abiertos sosteniendo á la muerte en equilibrio, como á una niña, como á una nieta. El viejo de la blanca y leonada melena miraba recto al corazón del enemigo.

El hijo de aquel hombre contemplaba la escena desde otra peña.

Se echó la escopeta á la cara. Era en línea recta. No era posible disparar, porque mataría al oso y al hombre.

Esperó.

El oso dió un pequeño cuarteo.

Sonó un disparo, y cayó el viejo.

Sonó otro, y cayó el oso.

Aquel hombre del sombrero color perla saltó como un gorila agarrado á las matas y á las peñas. Se acercó á su padre. Vió que tenía hecho polvo el pecho.

Se golpeó la frente con el puño y cargó á hombros, como á una oveja, al viejo. Llegó al castillo y le recibió la mujer, espantada, á la puerta.

—¡Dios! Mi Alvaro, ¿qué ha sido?

—Que he matado á mi padre de un balazo en el pecho.

El viejo, sangrando y medio muerto, levantó un poco los párpados y dijo como durmiendo:

—No. No me has matado, hijo. Te quiero más que antes. Súbeme á curarme.

Entre el hijo y la nuera lo subieron. Vino un médico galopando por los llanos y las cuevas.

—¿Es mortal?

—Sin remedio.

—¿Cuánto durará?

—Dos días.

El médico partió hasta el día siguiente. El enfermo, después de la cura, se quedó inmóvil, como muerto.

El marido y la mujer se abrazaron con profunda y silenciosa tristeza. Allá lejos moría el sol tras una Peña. La nieve se encendía en el crepúsculo.

Tristeza y emoción. Pero aquel hombre y aquella mujer, con tristeza, sí, con tristeza, pero con una fuerza sin remedio, en los labios y apretando se dieron un beso.

¡Cómo se querían aquella mujer y aquel hombre! Tenía fama aquel cariño en la aldea y en los pueblos.

Ella era morena y estéril como fueron siempre las grandes y trágicas enamoras de la tierra. Era hermosa. Tenía fama su belleza. El era un magnífico salvaje que había concentrado en aquella mujer las energías de cien generaciones de contrabandistas y ladrones. ¡Se querían, cómo se querían! Cuando se miraban á los ojos se borraban para ellos los límites del cielo y de la tierra. El amor del espíritu y el cuerpo es la única felicidad completa.

Decía Alvaro de Magoy y Malerba:

—Lejos, trabajando en las minas, luchando en la guerra, navegando por las aguas de plata cóncava llanura de los mares de Oman ó entrando en el Bósforo solemne, no hay noche ni hora triste para el hombre á quien hace dichoso el amor de una mujer y su candente recuerdo. En esas horas, la carne no pesa, la frente no quema; solamente hay fuego en el corazón, y tiemblan los muslos por dentro. La fuerza del entendimiento se centuplica; la conciencia huye en una blanca columna de humo, y no hay dolores ni alegrías en la tierra, ni hay mundo, y se recuerdan con indiferencia las cenizas de los muertos.

Los celos han muerto ya en esta época. Los celos son carnales nada más. Dignos de triste y melancólico desprecio... ¿Amas y tienes celos? ¿No te quiere, presidiario, la mujer por quien lloras, y no duermes en tu encierro? ¡Bah! Tú no eres feliz. Con una crueldad tan sincera que á mí mismo me asombra, te desprecio. Si tu amor fuera como el mío, ó si fuera la mujer que tú quieres como la que yo quiero, serías feliz como yo. No creo en el amor á medias. ¿Tú la quieres, y ella no? ¿Por qué no la matas? Gózala después de muerta, y el vigilante que cierre treinta años seguidos la puerta de tu celda, no podrá cerrar tu imaginación, y cada noche dormirás con ella.



De las que volverán acompañadas.

Medio metro tiene la reja de tu encierro. Por entre los barrotes ves nada más que cinco estrellas. Buen dosel, galeoto, para gozar de nuevo de ella.

De esta manera pensaba y sentía aquel hombre hercúleo y pasional que vivía para el amor y la caza en aquella aldea gallega.

Aquella mujer y aquel hombre de mi historia se querían como los seres de excepción pueden quererse.

Quince días con quince noches duró la agonía del viejo.

Murió, al fin. Lo velaron el hijo y la nuera.

Hasta la media noche hablaron del muerto y lo contemplaron con tristeza. A

DE BROCHA GORDA



—¡Ay, doctor; yo me muero!
—Espere usted si quiera hasta las seis de la mañana, que es cuando pasa el carro de la carne.

esa hora acercaron las sillas, se cogieron las manos y él a ella le besó las trenzas.

—¿A qué hueles, Aurora? ¡Dios, qué olor tan bueno!

—Huelo como siempre, Alvaro; pero te parece nuevo porque, por tristeza, hace muchos días que no te beso ni me besas.

—¡Es verdad! ¡Pobre, pobre padre!

Y los dos contemplaron con dolor al muerto.

Dicen en aquella tremenda aldea gallega que el amo del castillo apagó los cirios funerales y gozó de su mujer ante el cadáver de su padre.

Dicen también que desde aquella noche la mujer cayó con una enfermedad como un castigo, que le fué abrasando las entrañas. Un cáncer rojo y sangriento le fué devorando el vientre con la lentitud de una de esas enormes maldiciones hebreas.

Cayó, al fin, después de cuatro años de martirio.

Al día siguiente del entierro, el amo le

pegó fuego al castillo. Vendió sus rebaños, marchó a la capital, y en una hora, en la sala de juego, perdió sus dineros y se jugó, al fin, las tres ó cuatro alhajas que tenía.

Aquel hombre se llamaba Alvaro de Magoy y Malarba.

Alvaro de Magoy se fué a la guerra. Fué el primer voluntario español que ofreció su vida a Francia en este tambolor sísmico de la vieja tierra europea.

En un parte del general French se dice que murió como un bravo aquel fiero voluntario gallego.

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

Lea usted

Teatros y Salones

Revista Artística decenal.

Precio: 15 céntimos.

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

El áspid negro. Más de quince años hacía ya que no pensaba en mi amigo Faifer, cuando un día, entrando al oscurecer en la capilla de Luis de Gonzaga, vi enfrente de la caballeriza de monta, un oficial de *spais*, con su kepis sobre la oreja, y las bridas de un hermoso caballo árabe al brazo. La estampa de este caballo hubo de llamar mi atención, tanto más cuanto que, irguiendo la cabeza por encima del hombro de su amo, me miraba fijamente y con una expresión que parecía casi humana.

Abrióse la puerta de la caballeriza y el oficial entregó á un mozo las bridas, y volviéndose en mi dirección, se encontraron nuestros ojos.

Era Faifer; su nariz cabalgaba, su bigote rubio y su puntiaguda perilla no podían dejarme duda, á pesar de lo atezado de su rostro, curtido por el sol de Africa.

Faifer me reconoció al instante; pero ni un músculo de su rostro se estremeció, ni asomó á sus labios la más ligera sonrisa. Vincose á mi lentamente, me dió la mano, y como si me hubiera visto la vispera, me dijo sencillamente:

—Buenos días, Teodoro; ¿cómo estás?

Esta sencillez me sorprendió de tal manera, que le contesté en el mismo tono y con la misma frialdad:

—Bien, Jorge; muchas gracias.

—Me alegre.

Y enlazándose conmigo del brazo, bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos.

Llegado que hubimos á mi puerta, tomé la estrecha escalera, sintiendo detrás de mí las espuelas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla y se sentó. Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, me senté enfrente de él y permanecimos preocupados y taciturnos.

DE TEATROS



—Chica, yo creo que debíamos ir á ver *La vida breve*
—Déjate de vidas breves; lo que necesitas tú es que te la alarguen.

LOS BAILES DE MODA



Un aspecto del Tango argentino.

Pasado un buen rato, me preguntó Faifer, con voz dulce:

—Tú sigues siempre con la música, ¿eh?

—Sí.

—¿Recuerdas la canción de Luisa?

En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente á mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared y me puse á tocar la canción de Luisa; pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo.

—Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y á la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. Por fin lo rompió, diciendo como si hablara consigo:

—Todavía late aquí un buen corazón. Ella te ha engañado... prefiriendo á Estanislao, en razón de sus ventajas pecuniarias. ¿Qué importa? Siempre vales más que él.

Después encendió un cigarro con expresión sombría, y me dió las buenas noches.

Una tarde, en que los primeros copos de nieve revoloteaban por delante de mi ventana, y tiritaba yo encendiéndome chimenea para hacerme el café, sentí pasos en la escalera.

—Este es Faifer —me dije.

Y, en efecto, era él, siempre lo mismo; sino que, ahora, una capa impermeable cubría los bordados de plata de su uniforme azul celeste.

Estrechóme la mano, y me dijo:

—Vente conmigo, Teodoro; me siento hoy más malo que nunca.

—Al momento —le contesté, poniéndome la levita—; al momento, ya que así lo queres.

Bajamos á la acera, cubierta de nieve.

En el ángulo del jardín de las Carmelitas se detuvo el capitán ante una casita blanca con persianas verdes. Abrió la puerta, entramos, y la volvió á cerrar por dentro.

Una vez en el gabinete, llenó Faifer una

pipa y me la ofreció, y él encendió otra, turca, como la mía, y con boquilla de ámbar.

Y henos recostados con la mayor indolencia en cojines de amaranto, mirando cómo desenvolvía el fuego sus lenguas rojas y blancas sobre el fondo negro de la chimenea.

De vez en cuando levantaba Faifer los ojos y los volvía á bajar más pensativo.

—¿En qué piensas, Teodoro? —me preguntó por fin.

—Pienso —le contesté— en que me hubiera valido más dar una vuelta por Africa, que permanecer en Chorleville. ¡Cuántos sufrimientos y enojos no me hubiera ahorrado, y cuántas riquezas adquirido! ¡Ah! Hizo muy bien Luisa en preferir á Estanislao; yo no hubiera podido hacerla feliz.

—Según eso, envidias mi felicidad.

Yo me quedé estupefacto, porque Jorge no se parecía á sí mismo en aquel momento: le agitaba una profunda emoción, y sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

De repente, dió un salto y vino á llenar dos copas de un licor de ámbar.

—¡A tu salud, Teodoro!

—¡A la tuya, Jorge!

Al beber aquel licor aromático, sentí una especie de delirio; un bienestar indefinible, un vigor sorprendente penetró hasta la medula de mis huesos.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Un cordial —me contestó.

—¡Es delicioso! Escánciame otra copa, Jorge.

—Con mucho gusto; pero antes átate esta trenza de cabellos al brazo.

Y al mismo tiempo me presentó una trenza de pelo negro y reluciente.

Aunque la exigencia me pareció extraña, no le opuse objeción ninguna. Me até la trenza al brazo, y bebí.

Pero no bien hube bebido esta segunda copa de licor de ámbar, cuando la trenza se insinuó, no sé cómo, hasta mi hombro; la sentí deslizarse bajo mi brazo y agazarse bajo mi corazón.

—¡Faifer! —grité: —¡quitame esta trenza!

Pero Faifer contestó gravemente:

—Déjame respirar.

—¡Quitame la trenza, que me siento morir!

—Déjame respirar —volvió á decir Faifer.

—¡Jorge, amigo mío, me ahogo!

—Déjame respirar —repitió con la misma calma.

Entonces me sentí desfallecer... Una serpiente me mordía el corazón; se deslizaba alrededor de mi cuerpo, y sus fríos anillos se corrían lentamente hacia mi cuello. Me lancé á la ventana gimiendo, y la abrí con mano trémula. Un frío glacial penetró hasta mis huesos, y caí de rodillas invocando el nombre de Dios.

Súbitamente luego me volvió la vida, y cuando me levanté, el capitán Jorge Faifer, pálido como la muerte, me dijo:

—Te he quitado, pues, la trenza. Mírala otra vez en mi brazo.

DE NUESTRO CONCURSO



Plutón-Lucrito.

Los «amos» de tango argentino, que ganaron el primer premio en el bai e de LA HOJA DE PARRA. Plutón, que es un aventurero, de quien pensamos estar cosas espeluznantes, es todo un maestro. Y de «Lucrito», con decir que su presencia en la Zarzuela ha bastado para que nadie se atreva á organizar concursos, está dicho todo.

(En el próximo número publicaremos una fotografía de Navarrito-Antonelli, segundo premio de nuestro concurso.)

Y añadió, después de una carcajada nerviosa:

—Estos negros cabellos son dignos de los rubios de tu Luisa, ¿no es verdad, Teodoro? Cada cual, amigo mío, lleva su cruz más ó menos estoicamente... Pero recuerda que se expone á crueles desengaños

LOS BAILES DE MODA



El profesor. — ¡Sin volver la cabeza!
La educanda. — ¡Es que me da usted miedo!

quien envidia la suerte de los demás, porque, como reza el refrán árabe, la víbora es dos veces víbora cuando se oculta entre rocas.

ERCKMAN CHATRIAN

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Paseo de las Delicias, 60.

Diálogos galantes.

La escena es una habitación nupcial, en la que no falta ni un solo detalle de los que inspira el refinamiento de la ciencia de saber vivir. Los muebles, nuevecitos y flamantes, denotan, desde luego, que aquella noche se inaugura el hogar, y reflejan ese hondo espíritu de alegría que hasta las más toscas maderas delatan al ser usadas por primera vez. Intervienen en la acción dos personajes:

CARLOS, el novio, cuarenta y dos años de vida, magníficamente aprovechados. En su primera juventud fué el «Pelayo» de las viudas; á los veinticinco, el «Tenorio» de los maridos, y á los treinta y pico, el «Destructor» de las doncellas. En suma, su vida viene á ser la flor y nata de la marina española, convertida en armada del amor.

IRENE, la novia, veintidós abríles esplendorosos. Sus labios coralinos y tremantes piden besos y más besos á cambio de ternuras indescriptibles. Está archisatisfechísima, no sólo por haber dejado de pertenecer al numeroso gremio de las niñas casaderas, sino también por haber prendido entre las redes de unos amores fortísimos á un pez de tanto calibre como su esposo, á quien, dicho sea de paso, nada le falla para licenciarse en el doctorado de la calavería andante.

CARLOS (Infinitamente ilusionado y teniendo á su mujercita sentada sobre las rodillas.) — Al fin estamos solos, alma de mi alma. ¡Qué

hermoso es el amor practicado de esta manera!... Nada de afanes impuros y deseos banales; nada de fines rastroeros y acanallados...

IRENE (Cerrando la boca de su marido con un beso dulce, muy dulce.) — ¡Y que lo digas! (Acariciando los cabellos de Carlos.) ¡Qué felicidad!

CARLOS (Sin afectación ni petulancia, pero con cierto placer.) — Muchas, muchísimas veces, ya lo sabes tú (un beso sonoro) ¡uguetón escapa de los labios del marido

para posarse en la nuca de la esposa), porque tú no desconoces mi pasado, he saboreado las delicias del amor (otro besito corre la misma suerte de su hermano); pero nunca como hoy (otro beso) he gozado de la bellísima realidad de ser amado por una virgen blanca... (un «impromptu» de piano silencioso) una... como tú.

IRENE (Nerviosa, muy nerviosa. Los conciertos de piano silenciosos la convierten en a go parecido á los mecheros Auer.)—Sí; pero no hablemos más.

CARLOS.—Sí, sí; hablemos.. Pongamos en contacto nuestros espíritus; que se fundan en una sola nuestras dos almas.. ¡Oh, cuán hermosa y pura eres, ilusión de mi existencia!.. Tú no puedes haber querido á otro hombre, ni yo á otra mujer... Pepe Rico y Jorge Lacasa, tus ex novios, mis antiguos rivales, eran unos infelices.. Creyeron haberte conquistado... ¡meciost! sin sospechar que, en cuanto se me antojara, tendrían que abandonar la plaza... ¿Oponérsem?... Ridiculed, tontuna imperdonable... Tú habías nacido para mí...

IRENE.—Efectivamente; por eso me casé contigo.

CARLOS.—Y yo contigo; porque estaba convencidísimo de esta verdad axiomática, lucerillo mio... («Ritornello» á los besos. Ahora los labios amantísimos del marido los producen por series, y salen á luz en c rrecta formación y ordenadamente.) Mis olvidados amores, mis antiguos lios, eran revoloteos de mi alma, mariposa atolondrada y sedienta de esa luz que emana de esos ojos negros y rasgados. (Una de las series queda colocada en los párpados de aquellos focos potentes y deslumbradores.)

IRENE (Enternecida y sintiéndose lan guidecer.)—No hablemos más; no perdamos...

CARLOS.—¡Qué bien hiciste en aguardarte inaccesible á esos torpes afanes!.. Sí, inocente y cántida, víctima de la pasión que te inspiré; durante el tiempo que duraron nuestras relaciones, hubiese logrado el anticipo de la dicha que ahora me espera, créelo, mujercita mía (el «impromptu» se convierte en una sonata en la mayor... intimidad): te hubiese olvidado. El hastio nace del cumplimiento de los deseos. Te portaste como una heroína, y he aquí el premio que alcanzaste: yo soy tu esposo.. No lo sería, no, si antes hubiera alcanzado ya ese tesoro que ahora gozaré..

IRENE (Queriendo terminar el diálogo.)—Me lo presumía.

CARLOS.—Te lo presumías, porque eres virtuosa, y la virtud te hacía adivinar el peligro.

IRENE (Ingenuamente.)—La virtud y la experiencia adquirida con Pepe Rico y Jorge Lacasa...

JUAN OLIVA BRIDGMAN

COSAS DEL TIEMPO



—Celedonio, hoy no me va á aprovechar el paseo. No hago más que acordarme de Micefuz, porque este mes ya sabes cómo andan los gatos.

—Pues es el mes que mejor andan. Ya ves: «andan á gatas».

Desde el próximo número comenzaremos á publicar declaraciones de nuestras artistas sobre la perturbación económica originada por la guerra.

«La Argentinita» y la «Argelia» (una cupletista que viene empujando) romperán el fuego.

DEL INVIERNO CRUDO



—Esta mujer es un martirio; siempre atándose el zapato.

—Vamos, hombre, que hace veinte años no te hubieses puesto así.

—O me hubiese puesto peor...

El alma de Chindasvinto.

I

Se llama Toña, es huérfana, golfa; se dedica profesionalmente á la reventa, tiene quince años —la más bella edad del beso— y, á veces, en épocas de romería ó de verbena, suele echar las cartas, aunque de cartomancia no entiende, sin embargo, una jota siquiera. Lleva cabellera leonada, crespá, rubia y polvorienta; discos rizos le caen sobre las sienes, y gusta de llevar en la moña —también los pijos tienen su coquetería— humildes flores del campo.

Toña, la pobrecita, tiene el cuerpo esquelético, más por sobra de hambre que

por falta de complexión. No tiene casa, ni parientes; anida en la calle, al amor de la casualidad — que es una hermana de la caridad con toca de espaldas—. Pero Toña pasea la augusta realza de su alma hermosa por el arroyo público, conservando incólume la bondad de su corazón y la pureza de su cuerpo, que son las dos más lindas cualidades de una mujer.

Generalmente, cuando la benignidad del clima se lo permite, la Toña duerme por las noches en la plaza de Oriente, acurrucada al pie de la estatua de Chindasvinto. Un escaloncillo de piedra le sirve de lecho; otro de almohada. Y en el uno, en medio de sus tristes nocturnos callejeros, deposita sus sensaciones, y en el otro deposita sus pensamientos.

Los guardias, que la conocen y la compadecen, la dejan dormir: también la policía suele tener corazón.

Toña no ha tenido nunca en quién cifrar sus cariños. Todo le ha parecido hasta la fecha despreciable, egoísta é indigno de quererse; no conoció ni á su padre ni á su madre.

Y su alma gitana tenía entorchados por dentro. Por eso menospreciaba á los hombres, en quienes apreciaba siempre segundas miras egoístas.

Su ensueño no era de este mundo. Y como ella no sabía nada ni creía en nada, vivía tristemente; sus risas eran amargas ó burlonas.

Sólo en la intimidad de su fantasía brillaba un bello punto de luz. El amor. Pero estaba enamorada de un imposible. Del rey.

II

Desde muy niña estaba viéndole salir todas las tardes en dirección á la Casa de Campo. Y como invariablemente la con-

templaba, Toña llegó á familiarizarse con aquel desfile luminoso que pasaba, como un relámpago de dicha, por ante sus harapos viejos.

Y llegó á quererle Toña con toda su alma selvática y bohemia, sin revelar jamás á nadie el poema, y siendo así, á su modo, feliz. Porque la felicidad es muy convencional. Muchas veces no está al alcance de la mano de un príncipe y, en cambio, está al alcance de la mano de un mendigo.

Y tan ciegamente, tan frenéticamente llegó Toña á querer su ensueño que, si á su paso, un día de desfile, hubiese ella encontrado un anarquista, le hubiera herido á mordiscos, le hubiera desgarrado las carnes con las uñas.

Pero, á pesar de su ineducación, Toña era inteligente, sabía pensar y estaba de sobra convencida de que «aquéllo» no podría ser nunca para ella.

—¡Bah! quién puede coger la luna con la mano; eso para mí es la luna...

Y suspiraba. Sin embargo, daba la casualidad de que cuando acababa de pensar empezaba á sonreír. También la melancolía y la tristeza suelen envolver sensaciones bellas. ¡Cuántos suspiros andarán bogando por esos aires de Dios, que serán más felices que muchas risas! Las apariencias son generalmente un disfraz. La verdadera verdad no se exterioriza; gusta del incógnito...

III

Toña se enteró de que el rey se casaba, de que se iba á buscar á la princesa elegida.

Aquel día fué ella corriendo durante todo el trayecto detrás del coche. Al perderlo de vista le echó un beso con la mano, que se debió quedar volando por el aire como un redondelito encantado; como el alma de una hostia.

Por la noche fué Toña á dormir á su rincón, junto á la estatua del rey Chindasvinto. Se quedó dormida con una congoja en la garganta.

IV

—¡Anda leñe, la Toña; ¡se está pegando con la «Mellá»! —dijo un golfillo, colillero, á un barquillero su amigo,

Y los dos mozalbetes acudieron á separarlas.

La «Mellá» tenía entre los dedos una arencha de pelo leonado de su contrincan-

te. La Toña, con el cabello suelto, con el vestido roto, conservaba en triunfo, entre sus manos huesudas como garfios, un papel de periódico que la «Mellá» le quiso arrebatar.

—¡Arre allá, que es mio! ¿Lo sabes? ¡pam! —dijo la Toña, marchando por su camino. A la «Mellá» se la llevaron entrete-

COQUETERÍAS



—¿Qué tomará la vecina de enfrente para tener tan gordas las pantorrillas?

niéndola, para impedir que se agarrasen de nuevo.

V

Anochece.

La Toña está sentada en la escalerilla de piedra de la plaza de Oriente, en su sitio, en «su casa», junto á la estatua de Chindasvinto, su regio vecino.

Toña está muy débil. No ha comido. Lloro. Siente enervamiento en su cuerpo.

No tiene fuerza ni para moverse; un día de sufrimiento agosta y rinde más que un día de hambre, y si se juntan las dos cosas...

VI

Las tres de la madrugada. Buena noche de verano; pero húmeda. Ha llovido. Toña recibió sobre su cuerpecito miserable la líquida inclemencia de la nube.

Se está quedando dormida ya. Por almohada tiene hoy Toña el periódico que quiso quitarle la «Mellá». Es un periódico que trae el retrato del rey y el de la princesa extranjera.

Toña no ha cesado de llorar en toda la noche. Las lágrimas han estado mezclándose con las gotas de la lluvia, formando las dos aguas la aleación de dos tormentas.

Toña se va quedando dormida, mirando á lo alto, hacia el rostro de la estatua de piedra.

Chindasvinto, con sus barbazas enormes, parece que la mira con cariño y que se conmueve.

Y que llora...

FRANCISCO DE LA ESCALERA

Carta abierta.

»Adorada Inocencia de mis entrañas: Después de meditarla con gran constancia, e hago saber mi marcha de las Españas con rumbo á la vecina nación de Francia.

»El tomar tan extraña resolución a sido por consejo de don Marcial, que sabes es agente de emigración á Méjico, á la China y á Ciudad Real.

»Ya sé que esta noticia, querida mía, echará por los suelos tus ilusiones, pues es fácil me mires con simpatía después de catorce años de relaciones.

»Pero, chica, la cosa se pone espesa, y ahora, como en la guerra cae tanta gente, icon que en la vecina tierra francesa un porvenir me espera muy floreciente.

»Y allí me voy, henchido de noble afán, á buscarme un honrado medio de vida con mi místico oficio de sacristán, que hoy por hoy aquí tiene poca salida.

»No llores ni te aflijas por esta ausencia, ni mucho menos quieras venir detrás;

procura no olvidarme, bella Inocencia, y esperar resignada cinco años más.

»Recuerdes á las chicas de Celamante; á mi primo Cítilo dile un abrazo, y á la chica de Jorge dí, de mi parte, que salga bien y pronto de su embarazo.

»Memorias á la Blasa y á su marido, á la hija del Cornelio y á la Narcisca;

EL PUDOR EN EL BAILE



—No me explico por qué os tapáis la cara al ir á un baile en donde no es necesario que os la vean para que todo el mundo os conozca.

—Es que nos da vergüenza hasta entrar; pero una vez adentro, tan ricamente.

y al padre cura dile que no me olvido de los veinticinco años que toqué á miss.

»Despidete en mi nombre, novia querida, de tu plácida huerta de la fontecha, y al dar á los persles mi despedida, piensa un poco en los frutos de tu cosecha.

»Adiós. Recibe un trozo de corazón y dos ó tres pellicros donde tú sabes, del sacristán más tierno de la región, y que lo es, Anastasio Gómez y Chaves.»

Por la imperdonable indiscreción,
RAFAEL ROMERO FLORES

LA MODELO

Con inmóvil mudez da la modelo de su cuerpo la línea insensitiva; castola el arte con su honesto velo y es estatua no más, estatua viva.

Curva sus brazos; con la trenza rufa vela un núbil alcor de casta diosa, y á sus piernas la flama de la estufa pinta con manchas de color de rosa.

Mírala sin venial concupiscencia, mírala sin rubor y sin lascivia. Ni el suspiro de amor su boca esencia, ni la llama de amor su carne entibia.

Es modelo, y no más. Barro que late, mármol que alienta en el que el sexo mue- Despertarla tu ardor carnal no trate, [re. que responda á tu ardor, tu ardor no es Inmóvil, muña está. Bajo la diosa [pere. modela el escultor y el poeta rima.

Una voz sin temblar dice: —¡Reposal ¡Y la estatua se animal

MAXIMILIANO M. MONJE

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

EL ARTE

Academia de couplets.

Impostación de la voz.

Canto y declamación lírica.

Repertorio de Ópera y Zarzuela.

Se escriben couplets

ad hoc, del género que se deseen.

PRECIOS MODICOS

Jacometrezo, 80, entresuelo derecha

Horas: de 10 á 1 de la mañana
y de 3 á 8 de la noche.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.



¡Colosal obra erética!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda en parte toda clase de periódicos y revistas

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

Lea usted "Teatros y Salones,"

UN GRAN ÉXITO EN LIBRERÍA
El amor prohibido.

Estudio sociológico y psicológico del vicio clandestino

por el DOCTOR GAUFENOIN

Interesante estudio de los diferentes fases del amor considerado ilícito por la moral vigente.—Su desarrollo.—Su acción en la sociedad.—Sus consecuencias.

Esta obra forma un hermoso tomo lujosamente editado, impreso sob e exc. lente papel satinado y exornado con

24 artísticos desnudos en tricomía

Por la índole especial de esta obra, todos los ejemplares irán precintados y lacrados.

Sumario: Prólogo.—Las posiciones estratégicas del amor prohibido.—La seducción.—La soltera, la viuda y la divorciada.—Cómo caen las mujeres.—La ruidosa.—La adúltera.—La prostituta.—El burdel.—La buscona.—La casa de citas.—Las casas de dormir.—La alcahueta.—El amor morboso.—La esterilidad provocada.—El café concierto y el music-hall.—La artista.—El foyer.—La noche del debut.—Las entretenidas.—Resumen.—Aéncices

Precio: cinco pese as.

Este libro se vende en todas las buenas librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América; también se remitirá franco de portes y certificado, enviando 5'25 pesetas en cualquier forma de fácil cobro ó en sellos de franqueo de España, dirigiéndose á la casa editorial de

B. Bauzá, Aribau, 175, Barcelona.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-masculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien curtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRÁFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieren conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á Archivo. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombre y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.